

# El rayo que mata a distancia

EN estos últimos días, los periódicos ingleses y franceses aparecen cuajados de noticias y juicios sobre la invención de un cierto «rayo diabólico» por un investigador inglés, Mr. Grindell Matthews. Esta radiación misteriosa merecería, en verdad, ser llamada diabólica si los experimentos hubieran tenido realmente el resultado que se dice, porque sería capaz de fundir o encender cualquier metal o combustible que encontrase en su camino. Dícese que Mr. Grindell Matthews ha logrado, a una distancia de veinte metros, provocar la explosión de pólvora y de cartuchos, encender una lámpara eléctrica, un quinqué de petróleo, detener la magneto de un aeroplano o de un automóvil. Discurriendo sobre el desarrollo futuro del invento, Mr. Grindell Matthews cree que con un gasto de tres millones de libras esterlinas se podría construir en torno al cielo de Londres una especie de muralla eléctrica que impidiese las incursiones aéreas de una escuadrilla enemiga. Y con una energía todavía más potente, destruir desde lejos un ejército entero.

Si la invención fuera cierta se habría realizado aquella fantasía de Wells en *La guerra de los mundos*, en que los marcianos poseen el secreto de una radiación poderosa y desconocida que hace estallar los proyectiles de los hombres de la Tierra. Se habría realizado también aquella broma del Sr. Cierva, que se decía poseedor de un «rayo verde» con el que aniquilaba a sus enemigos. En principio nada se opone a que el «rayo diabólico» se llegue a descubrir un día, si no lo ha descubierto ya Mr. Grindell Matthews. Así como Arquímedes incendió con sus espejos, que reflejaban el calor solar, los navíos de Metellas, y Bufon quemó a una distancia de veinte metros una estopa, la ciencia moderna podría descubrir otra clase de espejo que reflejase y concentrara en un punto una gran cantidad de las nuevas radiaciones invisibles; por ejemplo, ondas hertzianas muy cortas o rayos infrarrojos.

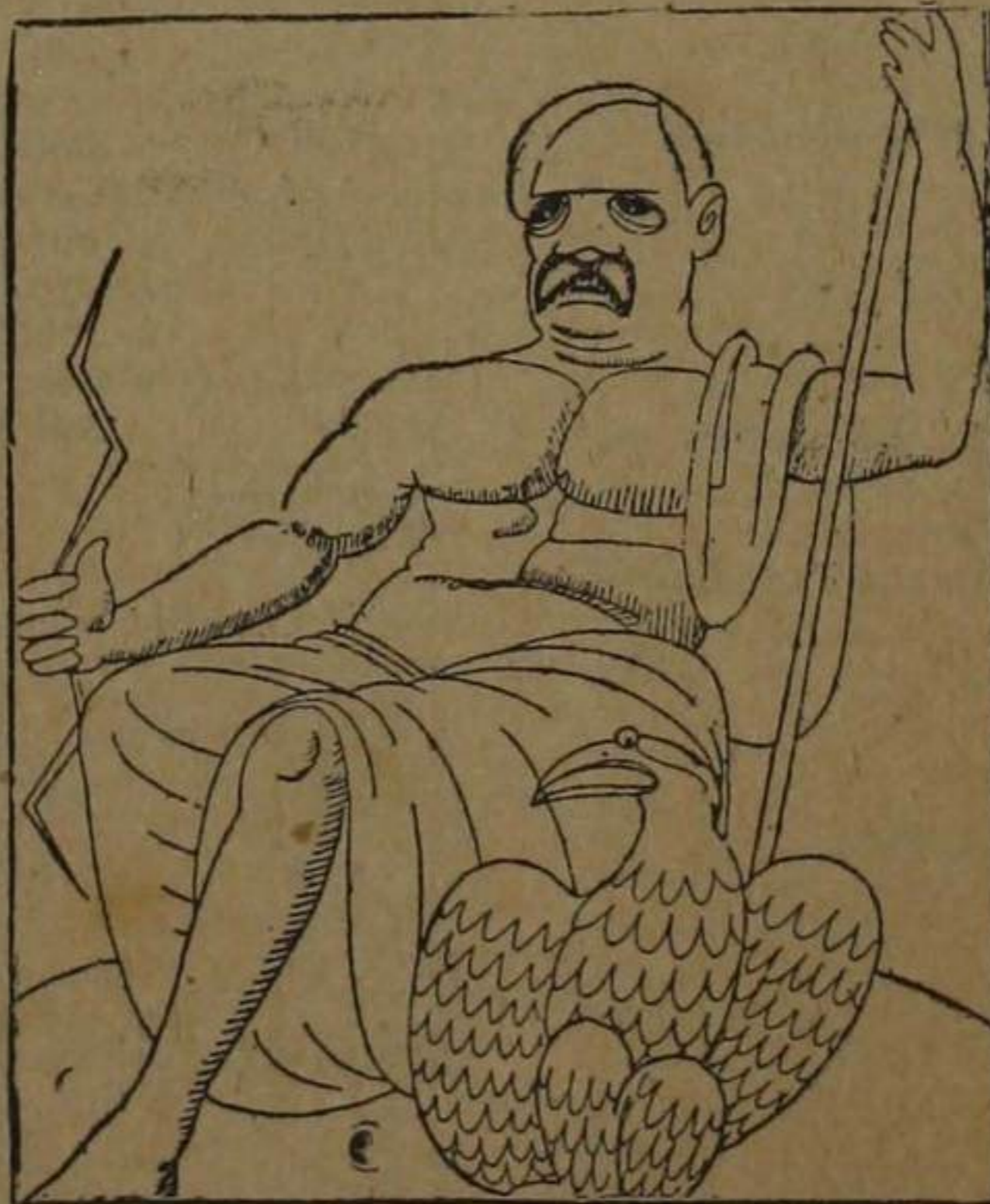
Se han encontrado varias hipótesis sobre la también hipotética invención de Mr. Grindell Matthews. Así Cherbonneau y Garbarini, especialista aquel en rayos infrarrojos, e inventor éste de un reflector de gran potencia, cuentan que al ensayar en su laboratorio este arco luminoso, por una casual trasposición de los polos se transformó en un «arco cantante»; es decir, que dejó de alumbrar y comenzó a emitir un sonido musical, convirtiéndose en una fuente de rayos infrarrojos. Bastaría, a su juicio, elevar la energía del foco a un número considerable de amperios, y seleccionar los rayos infra-

rojos, para convertir el aparato en el instrumento más devastador que haya podido imaginarse. Según otros explican, trátase de producir un rayo conductor, a lo largo del cual se envía una corriente alternativa de alta frecuencia; dicho de otro modo, de crear en la atmósfera, que no es conductora, una línea buena conductora, por donde corre la electricidad como por un alambre, como el agua por un tubo. Según otros técnicos, experimentos muy análogos se reali-

## El nuevo Júpiter Mr. Matthews,

Por Bagaría.

*Mr. Matthews ha inventado un rayo que mata a distancia y paraliza la marcha de los aeroplanos, automóviles, etc.— De los periódicos.*



*Mr. Matthews.—¡Mira que si después pudiera inventar un aparato que hiciera desaparecer el planeta! ¡Qué fama tan enorme conseguiría y qué gran progreso para los hombres!*

zan desde hace tiempo; pero los ínfimos resultados obtenidos en los laboratorios no permiten esperar por ahora los efectos que Mr. Grindell Matthews pretende haber logrado.

A raíz de todas las invenciones de esta clase surgen algunos hombres de buena voluntad profetizando el fin de la guerra. El «rayo diabólico», dicen también ahora, hace imposible la guerra; cañones, fusiles, proyectiles, cuchillos, alambradas, hasta los botones de los uniformes serán otras tantas antenas para el terrible rayo. Alguno afirma que la guerra futura, sin metales, tendrá que hacerse a puñetazos por dos ejércitos de

boxeadores entrenados. Pero más seguro será pensar que la nación poseedora de semejante arma la empleará en la conquista y sojuzgamiento del mundo entero; y si más de una nación descubre el secreto, cada una procurará, en una lucha parecida a la del cañón y la coraza, inutilizar el rayo contrario y aumentar la eficacia del suyo. Las invenciones de la ciencia han traído siempre como consecuencia fatal una mayor crueldad en la guerra; la ciencia aplicada tiene dos caras: una, benéfica; otra, inhumana, como ha demostrado la química con sus explosivos empleados tanto en el aprovechamiento de las riquezas de la tierra como en la destrucción del hombre, con sus nuevas combinaciones de gases, que, según las estadísticas, de los 270,000 soldados americanos pusieron fuera de combate a más de 75,000. La cuestión está en el espíritu con que se aplica la técnica científica, en el fin perseguido. La guerra no desaparecerá simplemente a causa de la enorme potencia de medios materiales, sino cuando un ideal de paz hondamente sentido prohíba a los hombres emplearlos en la aniquilación de sus semejantes.

(El Sol, Madrid).

## El caso de conciencia del sabio

MUCHÍSIMAS personas leen en los periódicos, sin sorpresa ni emoción, que las potestades de la tierra y las sociedades industriales, que son también potestades, andan disputándose el invento de mister Grindell Matthews, llamado por unos el «rayo de la muerte» y por otros el «rayo diabólico». Este último nombre, además de pintoresco, es apropiado. En los pueblos de civilización cristiana, el diablo es la personificación del mal, que usó otros nombres y figuras en los antiguos cultos del Oriente. Sin necesidad de creer materialmente en la presencia del diablo en la tierra, se puede llamar diabólicos, por tradición histórica, a las obras de maleficio.

En cambio, habría sorpresa y emoción si se leyera que el inventor de esa caricatura del rayo verde de los marcianos, que puede ser una caricatura terrible, había sido preso, juzgado y sentenciado a muerte como los brujos antiguos.

Los hombres han perdido el hábito de plantearse el caso de conciencia. Este abandono de la inquietud moral está causando efectos destructores. Donde no hay caso de conciencia brota el egoísmo, herico o rastreo. En los pueblos cultos y fuertes se producen accesos de soberbia y dominación, como el que llevó a la ruina a Alemania.

(Pasa a la página 347).